HOMILIA:

Monseñor Arzobispo PIERO MARINI

Presidente del Comité Pontificio para los Congresos Eucarístos Internacionales.



<u> . Dónde, cuándo, porqué, cómo</u>.

Esta celebración encuentra su marco en los actos organizados por la *Federación Mundial de las Obras Eucarísticas* para conmemorar el **bicentenario** de la fundación de la *Adoración Nocturna*.

Antes de centrarnos sobre los textos bíblicos y sobre la importancia de la adoración como acto de amor hacia el misterio de la Eucaristía, quiero presentarles cuatro adverbios: "dónde, cuándo, porqué y cómo". Éstos suscitan inevitables preguntas que sirven para contestualizar y entender el acontecimiento que celebramos.

Dónde.

Estamos celebrando la Eucaristía en la iglesia de *Santa María in via Lata*. Nos encontramos en un famoso centro de culto mariano, ecuménico y eucarístico. Cada día desde las cinco de la tarde hasta las diez y media de la noche la iglesia está abierta para los fieles que quieren adorar la Eucaristía más allá de la Misa. Además del Rector, don Franco, y de su hermano, don Sandro, el culto es atendido por las religiosas *Hijas de la Iglesia*, fundadas por la venerable *María Oliva Bonaldo* y por el padre *Ernanno Maria Toniolo*, siervo de María.

Cuándo.

La elección de esta iglesia por parte de la *Federación mundial de las obras Eucarísticas* está estrechamente ligada al "cuándo", es decir al tiempo. Justo en 1810 nace la *Adoración Eucarística Nocturna* como forma asociativa que aun hoy conocemos. En el atrio de esta iglesia se puede leer una lápida colocada en 1910 recordando tal evento. Y en estos días exactamente se cumple pues el bicentenario de aquel inicio. Estamos pues aquí para recordar el "cuándo".

Porqué.

¿Porqué hemos venido aquí? No para recordar el pasado, sino para vivir un acontecimiento presente que nos afecta ahora. Estamos aquí para vivir el misterio de Cristo, escuchar su palabra y adorarlo en la Eucaristía. La respuesta a los interrogantes sobre el porqué trasciende siempre a lo planteado por el dónde y el cuándo, es decir, al espacio y al tiempo.

Cómo.

La pregunta sobre cómo estamos aquí interpela nuestras disposiciones interiores. Nos recuerda sin lugar a dudas nuestros pecados, nuestro apartarnos del camino, nuestra soledad, pero también el hambre que tenemos de comunión con Dios y con los hermanos. El cómo nos invita a considerar: ¿como estamos? ¿como queremos estar? ¿como tendríamos que estar?

Pidamos al Señor que perdone nuestros pecados, que renueve nuestra vida.

II. La Palabra de Dios (1Cor 11,23-26; Sal 109; Lc 9,11b-17).

El evangelio que terminamos de escuchar nos narra la multiplicación de los panes. Lucas es el evangelista que más ha destacado la relación entre el hecho de la multiplicación de los panes y la Eucaristía.

El día empezaba a declinar.

Esta referencia a que el día comenzaba a declinar nos conecta con la cena de *Emmaús*. El Señor entra y se queda con los discípulos para sentarse a la mesa con ellos y *partir el pan* cuando estaba cayendo la tarde. Era el mismo momento de la jornada en el que las primeras comunidades cristianas solían reunirse para celebrar la Eucaristía.

Los gestos de Jesús.

Jesús tomó los panes, alzó los ojos al cielo, recitó sobre ellos la bendición, los partió y se los dio a sus discípulos. Son los gestos que evocan la celebración eucarística, los encontramos de hecho en la carta de san Pablo a los Corintios, escrita con anterioridad a los Evangelios, y en todas las plegarias eucarísticas, incluido el Canon Romano.

Tampoco la plegaria que Jesús pronuncia con ocasión de la multiplicación de los panes era una simple oración recitada antes de comer, se trataba de una plegaria de bendición sobre los panes, que recordaba la Eucaristía.

A continuación el Maestro no come, pero asegura el pan y lo reparte: aquí Él ya aparece como el Resucitado que reúne la Comunidad para alimentarla.

Dadles vosotros de comer.

Con tales palabras Jesús no pretende lanzar a los suyos una llamada a la generosidad, o a una eficiente organización para la atención caritativa.

El Señor no acepta el desentenderse o la indiferencia para con quien se encuentra en la necesidad. Sus discípulos le piden: "despide a la gente para que vayan a los pueblos a conseguir comida". La objeción de éstos, "sólo tenemos cinco panes y dos peces", no sorprende ni ayer ni hoy al sentido común, a la racionalidad, a la eficiencia que invade a la Iglesia. Justo la pobreza, que para los discípulos es el obstáculo, para Jesús es motivo del don. Se hace necesaria la pobreza para que nuestra caridad y la de la Iglesia no se basen sólo en la organización de la humana eficacia, sino que sea por el contrario signo del poder, de la misericordia y de la bendición de Dios y se convierta así en momento de fraternidad y de comunión.

La Eucaristía acción de Cristo y de la Iglesia.

En la celebración eucarística siempre es Cristo quien toma la iniciativa. "Jesús se puso a hablar a las gentes del Reino de Dios y a curar a cuantos tenían necesidad de salud". "En aquel tiempo", es decir, en el tiempo de la Eucaristía. "Hoy", nos repite con frecuencia la Iglesia al comenzar las celebraciones. Hoy Él nos habla, se inclina sobre nuestras heridas y nos cura, dándonos su cuerpo "medicina de inmortalidad".

La Eucaristía no obstante es también acción de la Iglesia. Todos los fieles son miembros del cuerpo místico de Cristo y por lo tanto protagonistas de la Liturgia. En la Liturgia pues, Cristo actúa, pero no solo, también nosotros estamos invitados a tomar parte en su obrar.

La Eucaristía escuela de vida.

Es oportuno recordar que la Eucaristía no es solamente la actualización de la última cena, sino también el memorial de la Pascua y, por lo tanto, culmen de toda la existencia de Cristo. En la Eucaristía celebramos la vida de Jesucristo en su conjunto. Celebramos todos los misterios del Señor desde su Encarnación-Nacimiento hasta su Parusía.

Cada vez que celebramos la Eucaristía no solamente celebramos toda la vida de Cristo, sino también toda nuestra propia vida. La Eucaristía nos hace descubrir nuestra condición de pecadores, es la escuela donde aprendemos a ponernos a la escucha de la Palabra, donde reflexionamos sobre nuestra relación con la creación, donde se descubre el respeto por nuestro propio cuerpo y sus exigencias, donde se nos instruye para mejorar nuestro trato, nuestras relaciones con los demás, a convivir en comunión con los hermanos; aquí se nos interpela sobre el amor para con el prójimo y sobre cómo vivimos la pobreza en nuestra existencia concreta, así como sobre nuestras relaciones con los que son más pobres que nosotros. La Eucaristía, la liturgia exactamente, como dice el Concilio, "es la primera e indispensable fuente donde los fieles pueden alcanzar el genuino espíritu cristiano" (SC 14).

III. Eucaristía y adoración eucarística

Queridos Adoradores, hay que recordar que la Misa y la adoración eucarística no son dos realidades contrapuestas, sino dos formas de una misma e idéntica realidad. Son dos modos diversos y complementarios de amar el misterio de la eucaristía.

Hay que recordar que la celebración eucarística es el primer y fundamental acto de adoración a Dios. En el himno del Gloria que cantamos en la Misa decimos: "Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias". Pues bien, estos son los verbos fundamentales del culto cristiano y por eso los verbos fundamentales de cada celebración eucarística. "Te adoramos". Diciendo esto, reconocemos que al celebrar la eucaristía adoramos al Señor. Lo ha recordado el Papa Benedicto XVI: "La adoración eucarística no es si no la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia "(Sacramentum Caritatis, n.69). Sí, la Eucaristía es misterio de presencia, pero al mismo tiempo presencia del Señor en medio de su Iglesia y presencia de la Iglesia delante de su Señor. Esto es lo que significa adorar: estar silenciosamente en su presencia, reconocer la presencia "real" del Señor, "real", es decir, verdadera, viva y eficaz. Por eso, también la adoración eucarística es una forma de memorial. El estar sin hacer nada y sin decir nada delante del Señor es también un acto de amor "real". Escuchemos la invitación que el Siervo de Dios el Papa Juan Pablo II hizo con motivo del Año de la Eucaristía: "La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como un polo de atracción para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón. ¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!" (Carta Apostólica Mane nobiscum Domine, n. 18). Pero no olvidemos jamás que para escuchar al Señor es necesario escuchar la Palabra proclamada en la celebración de la Eucaristía, ante todo con la comunidad de la parroquia en la que vivimos, y sobre todo el domingo. Recordemos además que la exposición y la adoración de la Eucaristía fuera de la Misa es una invitación a la comunión en espíritu con el Señor, unión que encuentra su culmen en la comunión sacramental en la celebración de la divina Liturgia.

IV. La Eucaristía en la vida

La Eucaristía que todos debemos amar es la Eucaristía que, como pueblo de Dios, celebramos en el misterio.

Sin embargo, la celebración de la Misa, culmen y fuente de la vida cristiana, no lo es todo. Quedarse en la mera celebración de la Santa Misa y en la mera adoración del Santísimo Sacramento significa exponer estos actos al riesgo de la rutina, de un momento aislado. También la Liturgia de las Horas con la oración de los salmos, por ejemplo, celebrada comunitariamente, nos habitúa al sacrificio de alabanza que encuentra su culmen en la celebración.

Queridos adoradores, la Iglesia os da las gracias por vuestro ejemplo de escucha de la Palabra del Señor y por el ejemplo de adoración que dais en vuestras comunidades parroquiales.

Pero la Iglesia quiere también que terminada la celebración, terminada la adoración sepáis caminar en el mundo con esperanza, como personas sanadas por el encuentro con el Señor Jesús.

Una reflexión, inspirada en una oración de Santa Teresa de Ávila, nos ayuda a comprender bien nuestra misión en la Iglesia y en el mundo.

Cristo no tiene pies, sino los tuyos. Son tus pies con los que Él camina a lo largo del mundo haciendo bien a todos y curando todo mal y enfermedad.

Cristo no tiene ojos, sino los tuyos. Son tus ojos a través de los cuales pasa Su mirada de compasión y se posa sobre las enfermedades y miserias de la humanidad.

Es tu corazón con el cual el Señor Jesús todavía se conmueve por los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Son tus labios a través de los cuales, en la Iglesia, sube continuamente a Dios un culto agradable, un himno de reconocimiento y de alabanza. En efecto, como hemos cantado en el Salmo responsorial, el Señor continua haciendo maravillas, el Señor nos hace conocer su salvación.

Sí, demos gracias a Dios y aprendamos todos a vivir en la vida cotidiana, en la alegría y en las dificultades de cada día, la Eucaristía que celebramos en los sagrados misterios.